

Ruth M. Lerga

Para SIEMPRE
en tus
BRAZOS



¿Cómo podrá Amalia ser feliz uniéndose al hombre que iba a casarse con su hermana? ¿Cómo podrá Rodrigo confiar en una joven a la que no conoce, cuando proviene de una familia de manipuladores que lo han forzado al altar? ¿Qué clase de matrimonio les espera, siendo, sin saberlo, ambos víctimas de las maquinaciones de otros?

Afortunadamente el amor no entiende de preguntas, sino que, en ocasiones, es la respuesta.

Rodrigo, marqués de Montesclaros, pide la mano de la hija del conde de Saavedra, una arpía manipuladora, porque necesita de su dote: tiene una finca colindante a la suya esencial para sus cultivos.

Cuando su prometida muere poco antes de la boda, como de cualquier noble se espera, pide en matrimonio a la otra hija, que es forzada a aceptar la alianza con uno de los nobles más importantes del reino en una España dividida entre carlistas e isabelinos.

Amalia de Saavedra tiene apenas diecisiete años cuando se ve forzada a casarse con un hombre que está convencida de que no solo no la quiere, sino que está enamorado de su difunta hermana. Acobardada, a los pocos días de casarse pide tiempo a su esposo para marcharse un tiempo a otro lugar hasta acostumbrarse a la nueva situación.

Cuatro años después, desde Madrid les llega la orden de dar ejemplo y vivir en sagrado matrimonio, dando descendencia a sus apellidos.

Sin embargo, Amalia ya no es una joven temerosa ni Rodrigo está acostumbrado a que lo desafíen. Ni durante el día, en su casa, ni mucho menos durante la noche, en su

alcoba, donde sus cuerpos no entienden de rencores y la pasión los supera.

Índice de contenido

Cubierta

Para siempre en tus brazos

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Epílogo

Nota de la autora

Sobre la autora

*A Lola, por estar conmigo a las duras y a las
maduras
y por dejarme estar con ella a las malas y a las
peores.
Eres un ejemplo de valentía.*

Prólogo

Primavera de 1836

La casa estaba sumida en un silencio enfermizo. Amalia llevaba días encerrada en su dormitorio por orden de su padre, el conde de Saavedra. Le dejaban la comida en la puerta y, cuando terminaba, depositaba la bandeja en el mismo lugar para que alguien la recogiera. Lo mismo ocurría con el agua para asearse, pues no le permitían bañarse, era un lujo y, en aquellos días, nada ostentoso estaba bien visto. Se vestía sin ayuda y trenzaba su larga melena con mucha torpeza y la cubría con una cofia. Y rezaba.

Pasaba el día rezando a la Virgen para que su hermana sobreviviese. Nunca había tenido una gran relación con María Luisa, pero era una buena cristiana y debía pedir al Señor la sanación de los enfermos, así que pasaba gran parte de su tiempo con la Biblia en la mano y las rodillas hincadas en el suelo.

Era una lectora voraz, y tampoco le estaba permitido bajar a la biblioteca ni pedir que le trajesen nada.

Llamaron a la puerta y se asustó. Se puso en pie y la abrió, temerosa de encontrar allí fuera al fantasma de su hermana. Era el ama de llaves, vestida de negro y cariacontecida:

–Es la hora, señorita.

«¿La hora?», se preguntó, antes de percatarse de que se refería a que había llegado el momento de despedirse de su hermana.

Siguió a la señora Fernanda por los pasillos y escaleras hasta llegar a la zona donde su hermana había sido aislada. Todas las cortinas estaban corridas, y la luz, abundante en su hogar, había sido sustituida por una lúgubre oscuridad.

Entró en el dormitorio y la vio tumbada y sudorosa. Quizá lo que más la impactara fuera su quietud. María Luisa había sido siempre inquieta. Parloteaba sin cesar y caminaba siempre que tenía ocasión. Lo que la dejó paralizada, en cambio, fue su palidez extrema. Su hermana brillaba, con sus cabellos rubios, sus ojos claros y sus mejillas sonrosadas –fruto de un discreto maquillaje de actrices–. En aquel momento, parecía apagada.

Un escalofrío la recorrió al tiempo que un extraño olor a muerte la envolvía.

–Acércate, Amalia –le pidió con amabilidad el párroco del pueblo.

Junto a él, en el cabezal de la cama, otro párroco más joven leía sin parar pasajes del libro sagrado sobre la resurrección y la vida eterna.

En el otro extremo se hallaba su padre, el conde, que sollozaba en silencio.

Todo lo que ocurrió minutos después le fue ajeno. Se acercó hasta ella, le dio un beso en la mejilla y le susurró al oído palabras misericordes. Se apartó y se quedó a los pies del camastro, sin saber qué más hacer o decir. El doctor la sustituyó al lado del párroco y, no supo cuántos segundos, minutos u horas después, el doctor negó con la cabeza y el ama de llaves rompió a llorar, siguiéndole la doncella personal de María Luisa.

Su padre pidió a todos que salieran. Fuera, el servicio plañía cual coro y elogiaba a la señorita María Luisa con grandilocuentes palabras, cuando la realidad era que

siempre la habían aborrecido por sus caprichos y su crueldad.

Aquel día aprendió que no se hablaba mal de los difuntos.

Al día siguiente, que los difuntos podían seguir siendo crueles después de muertos.

* * *

–Te casarás con él en dos meses.

Eso fue todo lo que su padre le dijo después del entierro. No necesitó preguntar a quién se refería, era obvio que se trataba del prometido de su hermana quien, con tan poco tiempo, no había podido llegar a la misa.

–Pero padre...

–Doña María Cristina, la madre de la joven reina Isabel y regente de España, deseaba con fervor que este enlace se celebrase. Hay cuestiones políticas detrás. Ya me advirtió Mendizábal de que solo mantendría la dote regalada si las familias se unían por el sagrado vínculo del matrimonio...

Estupefacta, creyó entender.

–Padre, ¿somos pobres? ¿Acaso no tenemos otra dote que ofrecer?

Este se levantó con violencia y temió que la golpease. Respiró hondo el conde antes de volverse a sentar, buscando serenarse.

–No, Amalia, no es una cuestión de dinero, aunque el marqués de Montesclaros es uno de los aristócratas más ricos del reino, quizá más que los Medina Sidonia.

–¿Tanto como los Alba? –preguntó con inocencia.

–Ni la casa de Osuna puede compararse al duque de Alba, niña. –La trató como si fuera boba–. Debimos haberte enviado con tu hermana a la corte el año pasado, pero eras demasiado joven.

¿Y no era demasiado joven, en cambio, para casarse? No respondería así a su padre, pues se ganaría una bofetada. Probó otra táctica.

–¿Qué hay del duelo? Celebrar una boda solo dos meses después de...

–Será algo discreto, en la corte; María Cristina estará presente y será la madrina, según me escribió.

Si la regente así lo había decidido antes incluso de la muerte de su hermana, nada la salvaría.

Pidió retirarse de la mesa antes de tiempo y se marchó a su alcoba a pensar.

Durante las siguientes semanas fue adiestrada lo mejor posible para ser una buena esposa, para comportarse con dignidad en la corte, y fue instruida sobre su futura familia.

También durante las siguientes semanas lo intentó todo: pidió ingresar en un convento diciendo que había escuchado la llamada del Señor, intentó escaparse, escribió a la reina una carta que, desde luego, no llegó a destino – ni siquiera salió de la casa...–, pero llegó el día en que fue a Madrid, al Palacio Real, fue presentada la reina y se desposó con un desconocido que ni siquiera acudió a la ceremonia, enviando en su nombre a un leguleyo de su confianza para que lo representase.

Y al día siguiente partió hacia el norte, cerca de Gijón, a su nuevo hogar, a estrenar una nueva vida que no había elegido y que, se temía, iba a ser una condena.

Capítulo 1

Verano de 1836

Habían pasado cuatro días desde que llegara a la finca de su esposo. Menos de una semana desde que avistara por primera vez el enorme castillo, en una península de más de cien hectáreas dentro del agua con un único acceso, un camino que, según le había explicado el cochero, solo podía cruzarse con la marea baja, pues cuando subía esta el sendero quedaba sumergido por el fuerte oleaje, volviéndose impracticable. Un istmo, le habían explicado que se llamaba aquel extraño fenómeno antes de casarse, mientras le hablaban de don Rodrigo.

¡Como si no hubiera oído de su apostura y sus riquezas cientos de veces en la boca de su hermana mayor, María Luisa!

Temió que, por dentro, el célebre palacio de Montesclaros –el marquesado era antiguo y rico y el noble que ostentaba su título, a pesar de no vivir en la corte, era har-to conocido y admirado por muchos–, resultase tan austero como por fuera, pero se equivocó. Cuando entró quedó maravillada por su elegancia, pues había sido reformado en varias ocasiones y gozaba de todas las comodidades posibles, aunque necesitaba algunos cambios para resultar acogedor.

El servicio, cuantioso, la había recibido a su llegada, a ella y a su doncella –que regresaría a Madrid al día siguiente–, todos perfectamente uniformados en la magnífica escalera de mármol imperial que daba acceso a la puerta principal. Su esposo, sin embargo, no había estado allí y nadie le había dado ninguna explicación al respecto. Ni siquiera él, cuando se presentó a la hora de la cena. Tampoco más tarde, cuando la visitó en su habitación, como se esperaba y era perceptivo.

Cuatro días, pues, desde que conociera a su esposo, y una semana desde que se casara con él. Cuatro días anegados de una tristeza tan angustiosa para Amalia, que se había visto forzado a tomar, por primera vez, las riendas de su vida de una manera apremiante.

Así que aquella cuarta noche llamó con decisión a la maciza puerta de roble que guardaba las habitaciones privadas del señor de la casa y entró en la alcoba de Rodrigo en cuanto su voz le dio permiso. Traía su discurso preparado y estaba deseosa de sacárselo de dentro de una buena vez, después de un día lleno de nervios. Aun así, hubo de esperar a que el ayuda de cámara del marqués le quitara a su señor las botas, y solo estas y ninguna otra prenda, pues debió suponer el criado que del resto se encargaría ella. Estaba, desde luego, equivocado, pero no era de su incumbencia. Había acudido allí solo para hablar, no para intimar. Un recuerdo de su noche de bodas, como un relámpago, la sorprendió y tuvo que respirar hondo para tranquilizarse. Nadie la había preparado para lo que ocurrió y le faltaba experiencia para describir la miríada de sensaciones que la inundaron.

La conversación que iban a tener, que sería más bien una sencilla notificación o una verdadera batalla campal, había de ser privada; poco le importaba a nadie lo que ocurriese en el matrimonio Montesclaros, a pesar de que, en todas las familias de abolengo, los miembros del servicio solían estar bien informados de todo lo que acaecía en

las casas. Si eran discretos o no marcaba la diferencia entre ser respetado o ser el hazmerreír de la aristocracia española.

En fin, que fuera Rodrigo quien decidiera si quería resignarse o resistirse y que sus gritos pusieran al corriente a todos los lacayos y doncellas del palacete de las intenciones de Amalia, pero su decisión estaba ya tomada y confiaba en que él no se lo pusiera difícil, aunque una pequeña parte de su alma deseaba que negase cada palabra que iba a pronunciar.

* * *

Cuando entró su esposa, Rodrigo se deleitó mirándola, sorprendido por su visita tras la cena. Solo la primera noche, a su llegada cuatro días atrás, habían compartido lecho, consumando su matrimonio. Las otras tres ella se le había negado, aduciendo malestar. Nunca había estado con una dama virgen y no sabía si su incomodidad era real o una treta, pero no la presionaría. Paseó sus ojos verdes por los negros cabellos de Amalia, se detuvo a observar sus ojos oscuros, que rehuían los suyos; la voluptuosidad de su cuerpo, lleno de valles y curvas que pretendía memorizar como si de un mapa se tratase, uno lleno de rutas que llevaban al mayor de los placeres...

En nada se parecía físicamente a María Luisa, la que fuese la hermana de Amalia y la prometida de Rodrigo hasta hacía unos meses. Si su carácter era o no similar al de la mayor de las hijas del conde de Saavedra, estaba todavía por descubrirse. Deseaba fervientemente que nada tuviera que ver con aquella zorra que, sin duda, estaba ardiendo en el infierno y así haría por toda la eternidad, dados todos los pecados que habría de expiar, pero no en vano se decía que de raza le venía al galgo, y temía que, tras un carácter tímido como el de Amalia, se ocultase una manipuladora tan arpía como María Luisa.

Cuando el valet se marchó, deseándoles buenas noches en voz apenas audible y sin mirar directamente a la marquesa, la observó con más detenimiento y algo se removió en él.

Su única noche juntos había sido fascinante. Aquella era la palabra exacta, «fascinante», pues había quedado embrujado por ella. A pesar de su cándida inocencia, Amalia había resultado ser una mujer apasionada, curiosa y desinhibida cuando la había llevado al límite y, no obstante, una parte de su esposa se había mantenido oculta a él. Supo, por su experiencia con otras amantes, que se guardaba una fracción de sí misma, que reprimía la totalidad de sus ansias o de sus dudas, no estaba seguro. ¿Quién entendía a las mujeres? Él desde luego que no.

Quizá se debiese a que le hizo daño al romper su barrera virginal, no lo sabía con seguridad. No obstante, permitió que se retrajese, aunque hubiera querido que no se guardase nada, que se entregase por completo, que hablase de cualquier cosa que la inquietase... Tenía tiempo para conocer cada rincón de su cuerpo y de su alma, lo sabía, y aun así, había un deje de impaciencia que hacía que su sangre se acelerase cada vez que la veía.

Amén de que no había gozado tanto con una moza en todos sus años de experiencia. ¿Quién iba a decirle a él que las damas virginales serían su perdición, siendo que siempre las había respetado?

Deseaba satisfacerse de nuevo y, si no había insistido, se debía a la certeza de que la joven necesitaba unos días para asumir la situación y, después de todo, tenía tiempo, como había dicho: todo un matrimonio, en realidad.

Saber que aquella noche volvería a sus brazos lo llenó de impaciencia, tanta que se mantuvo en el sillón donde había estado sentado mientras lo ayudaban con el calzado, temeroso de abalanzarse sobre ella sin mediar palabra, siquiera. A una esposa se le debía un respeto. No quería, tampoco, que supiera cuánto poder tenía sobre su

cuerpo. Y esperaba, por último, que fuera Amalia quien terminara de desnudarlo. Se aseguraría de que lo hiciera con entusiasmo, además.

De ahí su sorpresa cuando ella habló, y sus palabras, el calado de estas, penetraron en su cerebro. Como un castillo de naipes, todos sus pensamientos se desmoronaron.

—Rodrigo, tú querías este matrimonio tanto como yo —comenzó, nerviosa, frotándose las manos, incapaz de mantenerlas quietas como le habían enseñado desde niña, dando vueltas a la alianza de oro con una esmeralda que aún no se había acostumbrado a sentir rodeando su dedo anular, como una cadena—. Fueron las circunstancias las que nos obligaron a casarnos sin conocernos siquiera.

Rodrigo no podía discutirle eso. Por todos era sabido que necesitaba la dote que la hija del conde de Saavedra había obtenido arrastrándose cual víbora hasta el dormitorio del hombre más poderoso del imperio, y que era una trampa destinada solo para él: nadie más querría las tierras que se le ofrecían y que, por una apuesta estúpida de su bisabuelo con un clérigo setenta años antes, los Montesclaros habían perdido. Una finca imprescindible cuyo arrendamiento les costaba más de la mitad de sus cosechas cada año.

Midió sus palabras, no queriendo ofenderla.

—Muchos matrimonios...

—Bien, pues ya nos hemos casado —lo interrumpió, no queriendo escuchar que era lo habitual entre la nobleza, como si hubiera de conformarse y aceptar todo lo que le había llegado impuesto—, y apenas he cumplido los diecisiete años, todavía es pronto para pensar en herederos.

Ahí el marqués se vio en la necesidad de disentir. Si le ocurría algo y su hermano heredaba las tierras, no alcanzaría jamás el descanso eterno.

—Necesito un heredero, Amalia. Hay cosas de mi familia que desconoces, pero...